

PRONUNCIAMIENTO DEL ARZOBISPADO DE SAN SALVADOR  
CON OCASION DEL ASESINATO DEL PADRE RAFAEL PALACIOS



1. El asesinato del Padre Palacios constituye el quinto asesinato de sacerdotes  
arquidiocesanos desde Marzo de 1977.

El día 20 de Junio caía asesinado el Padre Rafael Palacios. Es el quinto sacerdote muerto violentamente, desde que resultó electo el Presidente Romero; dos de ellos murieron antes de su toma de posesión, los otros tres bajo su Presidencia. Dado el reducido número de sacerdotes, con que cuenta el país es, sin duda, un record latinoamericano, ni siquiera superado por el régimen somocista. Habría que volver la mirada a los países africanos para encontrar algo semejante.

Todos ellos pertenecían a la arquidiócesis de San Salvador y todos han sido asesinados en el episcopado de Mons. Romero, aunque el primero de ellos, el Padre Rutilio Grande e incluso el Padre Alfonso Navarro puedan considerarse víctimas de la pastoral impulsada por el anterior Arzobispo, Mons. Chávez, del que los dos, especialmente el Padre Grande, eran estrechos y fieles colaboradores.

Los cinco sacerdotes, con diferencias notables entre sí, tienen en común una gran preocupación por integrarse con los más oprimidos en apoyo cristiano de sus anhelos y sus trabajos, de sus necesidades y sus luchas.

El asesinato del Padre Palacios tiene lugar, sin embargo, en un contexto nuevo: el de la maranza casi ininterrumpida de maestros por parte de grupos terroristas de derechas, que pretenden tomar venganza y ahogar todo trabajo liberador con las organizaciones populares y las comunidades de base. El Padre Palacios no era miembro de ninguna organización ni de ningún bloque político. Su asesinato, como el de sus antecesores, es una acción programada por quienes se han decidido aplastar a la Iglesia en el cumplimiento de lo que Puebla ha vuelto a llamar opción preferencial por los pobres y de lo que el nuevo CELAM afirma ser la primera



de las opciones pastorales de la Iglesia latinoamericana: los pobres del continente.

2. La Iglesia no es en modo alguno la causante de la violencia actual en el país

Esta integración de la Iglesia con las necesidades y las luchas justas de los pobres no puede, sin falta de objetividad, <sup>verse como causa de la violencia</sup> atribuirse a la predicación de la Iglesia, <sup>que aqueja al país</sup> especialmente la arquidiocesana.

En efecto, el propio presidente de la República y comandante general de la Fuerza Armada aseguraba en su mensaje del 17 de Mayo pasado que se dan "causas profundas que han originado el actual estado de cosas" y propone buscar remedio a esas causas profundas de índole estructural. No conviene olvidar, sin embargo, la responsabilidad indirecta que puede recaer sobre el Presidente de la República y otros altos personeros del Gobierno por sus alusiones explícitas y repetidas a la contribución de los líderes espirituales en el recrudecimiento de la violencia.

Por otra parte, las dos principales Universidades del país con ocasión de la masacre de cathedral del ~~ocho~~ ocho de Mayo hicieron un análisis de las causas estructurales y coyunturales de la violencia. Para los dos máximos centros de estudio del país, duramente criticados por la extrema izquierda, entre las causas de la violencia actual de ningún modo aparece la Iglesia; antes, al contrario, se considera a la Iglesia y a nuestro Arzobispo como sólidos y consecuentes oponentes a toda forma de violencia.

Asimismo el informe de la Comisión de Derechos Humanos de la OEA, el informe del Departamento de Estado de los Estados Unidos, el informe de la comisión parlamentaria inglesa, el reporte de la Comisión Internacional de Jursitas, por no citar sino a instituciones libres de toda sospecha de partidismo, sitúan la raíz e-





fectiva de la violencia en la estructura socio-económica y política del país, así como en la constante violación de los derechos humanos por parte de las autoridades y de cuerpos paramilitares, que actúan con el respaldo del Gobierno -caso de ORDEN- o, en otras ocasiones, con su tolerancia.

No sólo contamos con este enorme peso de autoridad. Es que, además, el examen objetivo de la actividad pastoral de la arquidiócesis tanto por lo que toca a la evangelización, de la que es parte esencial la promoción de la justicia, como por lo que toca a la organización pastoral prueba que la línea de la Iglesia se acomoda en su conjunto a lo que prescriben Medellín y Puebla. Así lo han reconocido decenas de cardenales y obispos, centenares de sacerdotes, miles de religiosos y miles de laicos de todo el mundo, que han abrumado las oficinas del Arzobispado con muestras de apoyo a la línea pastoral de Mons. Romero. Por otro lado, la condena incansable que el Arzobispo y su clero hace de todo acto de violencia, no dejan lugar a duda razonable de cómo los valores más predicados en nuestras iglesias son la justicia y el amor.

3. La Iglesia no ha sido perseguida tan sangrientamente, como lo ha sido en estos dos últimos años, en toda la historia reciente de El Salvador

El hecho de la persecución de la Iglesia está reconocido oficialmente por la Comisión Interamericana de los Derechos Humanos de la OEA. Dice así su conclusión octava: "Como consecuencia de las actividades que la Iglesia Católica realiza por estimar que forman parte integral de su misión, sacerdotes, religiosos de ambos sexos y laicos que cooperan activamente con la Iglesia, han sido objeto de persecución sistemática por parte de las autoridades y de organizaciones que gozan del favor oficial". Esto se escribió antes de la horrorosa e inexplicable masacre de El Despertar y del alevoso asesinato del Padre Palacios.



Aunque en ulteriores publicaciones mostraremos en detalle las pruebas de los delitos cometidos contra la Iglesia, conviene recordar globalmente los sacerdotes asesinados, los sacerdotes y religiosos expulsados o exilados, las constantes amenazas de muerte, la sistemática coacción de las reuniones de las comunidades de base, los violentísimos ataques a través de los medios de comunicación, la interferencia de la frecuencia de la YSAX...

Toda esta persecución forma parte de una campaña más general de represión contra las clases populares. Si se le persigue a la Iglesia es porque se ha convertido en testigo veraz de la persecución a muerte, que amenaza a maestros, obreros, campesinos. Si se persigue a la Iglesia es porque procura frenar la persecución violenta a las clases populares, mediante denuncias objetivas y desapasionadas, siguiendo el mandato de Juna Pablo II: "Este servicio a la verdad como participación del servicio profético de Cristo es una obligación de la Iglesia, la cual procura cumplirlo en distintos contextos históricos. Es necesario llamar a la injusticia por su nombre, a la explotación del hombre por el hombre, o a la explotación del hombre por parte del Estado, de las instituciones, de los mecanismos de los sistemas económicos y de los regímenes que operan algunas veces sin sensibilidad. Es necesario llamar por su nombre a toda injusticia social, discriminación, violencia infligida al hombre contra su cuerpo, contra su espíritu, contra su conciencia y contra sus convicciones. Cristo nos esneña una sensibilidad particular hacia el hombre, hacia la dignidad de la persona humana, hacia la vida humana, hacia el espíritu y el cuerpo humano..." (L'Osserv. Rom.", 22/2/79). No se hace esto por puro interés político sino para que la verdad y la libertad de Cristo reinen plenamente sobre la tierra.

Es cierto que se procura con engaño poner en conexión a la Iglesia con frentes políticos y aun con organizaciones guerrilleras. Pero esto es falso. La Iglesia





defiende el derecho y la necesidad de organizaciones populares, que velen realmente por la liberación integral de los más necesitados. Pero no se identifica con ninguna de ellas -como se expuso bien claramente en la Carta Pastoral sobre la Iglesia y las organizaciones populares- y mucho menos con grupos que hacen de la violencia armada su método de lucha. Por otro lado, cualquier observador político puede darse cuenta por las acciones y las proclamas de los grupos más radicales cuán lejos están de sentirse satisfechos con la acción moderadora de la Iglesia.

Contribuyen también mucho a crear un ambiente favorecedor de la violencia contra la Iglesia la facilidad espantosamente ligera e irresponsable con que se propagan rumores y acusaciones de marxismo-leninismo contra miembros e instituciones de la Iglesia. Tales personas deberían caer en la cuenta de su tremenda responsabilidad y co-participación en los asesinatos, que se siguen de esas acusaciones.

4. La misión de la Iglesia, denunciadora de la violencia y anunciadora de la justicia y de la paz, predicadora del amor, no sólo pertenece a su naturaleza más íntima sino que es una contribución esencial para la superación de la violencia y la injusticia en El Salvador

La Iglesia, en efecto, está en capacidad de contribuir eficazmente a que las masas populares sean cada vez más sujeto activo y responsable de su propio destino; está en capacidad de ser levadura de los nuevos procesos históricos populares

La Iglesia está en capacidad de constituirse en la voz profética, al mismo tiempo exigente y misericordiosa, que descubra y fustigue el mal y el pecado, el pecado personal y el pecado estructural, pero llamando al mismo tiempo a la conversión sincera, sin la que poco valen los cambios estructurales.

La Iglesia está en capacidad de convertirse en instancia crítica también de



aquellas soluciones radicales, que no respetan la vida humana, la dignidad de la personal y su derecho a la libertad.

La Iglesia, finalmente, está en capacidad de despertar en los corazones un deseo sincero de servicio a los demás, que supere el egoísmo y haga surgir la esperanza, que anime en la construcción de una tierra nueva.

Sin embargo, para que esta misión pueda ser cumplida más cabalmente, la Iglesia necesita unirse cada vez más en torno a la persona de Jesús presente en nuestra historia y, especialmente, entre los más necesitados. Una de las causas por la que la Iglesia no cumple de lleno con su misión es por lo que hay de división dentro de ella. Aunque se puede afirmar que la mayor parte del clero secular de la arquidiócesis, buena parte del clero regular y la mayoría de las religiosas de la arquidiócesis respiran conforme a un mismo espíritu, todavía queda mucho por avanzar en este punto.

##### 5. Llamado final

Abrumados por tanta muerte contra maestros, contra obreros, contra campesinos, contra sacerdotes, contra industriales, contra miembros del Gobierno, contra hombres de los cuerpos de seguridad, contra partidarios de organizaciones de derechas, contra guerrilleros; en fin contra tanta muerte infligida injustamente por mano del hombre, lo primero que pedimos es que cese esta espiral implacable que nos está conduciendo a una guerra civil.

Pedimos, en segundo lugar, que el Gobierno se esfuerce al máximo en evitar e impedir tanta acción violenta. Y que encuentre a los culpables, contra los que no pedimos venganza sino mano firme conforme a las leyes. El Presidente Romero ha prometido repetidas veces dar con los responsables. No lo ha hecho; ni siquiera ha logrado con el Estado de Sitio impedir esa cacería de hombres indefensos por





parte de jaurías armadas, que no combaten el terrorismo sino que siegan vidas inocentes útiles para la patria. Respecto de estos grupos especialmente pedimos la intervención pronta y eficaz del Comandante General de la Fuerza Armada, pues ya en otra ocasión pudo frenar sus amenazas y acciones asesinas.

Pedimos también que cese la persecución tan sangrienta contra la Iglesia. La Iglesia puede y quiere contribuir a una solución pacífica de los gravísimos problemas de El Salvador. La Iglesia no es en modo alguno extremista. ¿Por qué no apoyarse en ella, en vez de ensañarse con tantos de sus miembros?

Finalmente pedimos una unión cerrada de todos los miembros de la Iglesia, desde los señores Obispos y el señor Nuncio hasta los sacerdotes rurales, desde los religiosos que laboran en los colegios capitalinos hasta las religiosas que evangelizan en los cantones. Podemos estar en desacuerdo en algunas cosas. Pero el acuerdo debe ser unánime y la condena cerrada ante el hecho de todo punto injustificable del asesinato a sangre fría de los sacerdotes. Estamos convencidos de que mucho serviría de freno alas manos asesinas la unión de toda la Iglesia ante este mínimo insoslayable.

Quiera el Divino Salvador del Mundo acercar cada día más la salvación a su pueblo. Esperamos que estas serenas reflexiones, sirvan para que ~~sea~~ todos los hombres de buena voluntad comprendan mejor la misión de la Iglesia y las causas de su persecución.

27-Junio-1979